

LOS VÍNCULOS DE SANGRE: LA EMPERATRIZ MARÍA, FELIPE II Y LAS RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y EUROPA CENTRAL⁽¹⁾

*Magdalena S. Sánchez
(Gettysburg College)*

La Emperatriz María (1528-1603) nos ofrece un magnífico ejemplo de una mujer de la realeza que desempeñó un activo e influyente papel en la política a lo largo de toda su vida. Gozaba de semejante poder por su linaje de sangre real y su matrimonio con un Habsburgo. Las distintas formas en que ejercía su autoridad nos muestran cómo se expresaban las mujeres de su posición, pero su caso nos permite considerar además lo que se esperaba de las mujeres de la realeza y la manera de que se valían de sus relaciones familiares para intervenir en la vida política y cortesana. Puesto que María pertenecía a la rama española de los Habsburgo, pero había contraído matrimonio con un miembro de la rama austríaca de la dinastía, el estudio de su trayectoria nos brinda la posibilidad de examinar la naturaleza y evolución de las relaciones políticas y familiares existentes entre las dos ramas. Finalmente, sus actividades en Europa Central y en España también nos proporcionan una valiosa información sobre cómo funcionaba la diplomacia en este período de la Alta Edad Moderna y qué papel desempeñaban las mujeres de la realeza en estas redes ⁽²⁾.

La emperatriz María de Austria era la mayor de las hijas de Carlos V e Isabel de Portugal. Nació en 1528 y sólo tenía un año menos que su hermano Felipe II. Se crió con él y su hermana Juana en casa de su madre ⁽³⁾. En 1548 contrajo matrimonio con su primo Maximiliano de Austria, y ese mismo año el emperador Carlos les nombró Regentes de España. Maximiliano desempeñó este cargo hasta 1550 y María hasta 1551. Ambos partieron entonces a Europa Central, donde él asumió el título de Rey de Romanos y fue elegido en 1564 Emperador del Sacro Imperio Romano hasta su muerte en 1576. La emperatriz María permaneció en Europa Central hasta 1581, año en que Felipe II le dio licencia para volver a Madrid y entrar en el convento de las Descalzas Reales, donde murió en febrero de 1603 ⁽⁴⁾.

Como la mayor parte de las mujeres de la Casa de Austria, la emperatriz María creció sin duda con la idea de que podría desempeñar alguna actividad política a favor de los intereses de la dinastía. Para las mujeres, la manera habitual en que podían cumplir con este deber familiar era a través del matrimonio y de la descendencia (sobre todo si

ésta era masculina). De acuerdo con las costumbres de la época, la emperatriz cumplió con creces ambos cometidos, ya que se casó con el futuro emperador Maximiliano y dio a luz a quince hijos. Dos de ellos, Rodolfo y Matías, llegaron a ser también emperadores del Sacro Imperio; Alberto fue co-gobernante de los Países Bajos con la infanta Isabel Clara Eugenia; y su hija Ana se convirtió en la cuarta esposa de Felipe II y madre del príncipe heredero Felipe III. Tanto su biógrafo Rodrigo Mendes Silva, como el predicador jesuita Jerónimo de Florencia, que escribió su panegírico póstumo, dejaron constancia de estos logros ⁽⁵⁾. Así se medía entonces el mérito de una mujer de la realeza ⁽⁶⁾, y sin embargo, los familiares de María esperaban aún más de ella. Era habitual que las mujeres de los Habsburgo ejerciesen determinados cargos y gozasen de autoridad política. El emperador Carlos V nombró a su hermana María de Hungría regente de los Países Bajos. Felipe II escogió a su media hermana Margarita de Parma para desempeñar esta misma labor como gobernadora. Durante su estancia en Inglaterra a raíz de su matrimonio con María Tudor, dejó a su hermana Juana como regente en España. Y en los últimos años de su reinado, cedió a su hija Isabel Clara Eugenia el gobierno de los Países Bajos que ejerció junto con su marido el archiduque Alberto. Como vemos, a muchas mujeres de los Habsburgo se les habían confiado las riendas del gobierno, y no resultaba nada extraño para los soberanos españoles que sus familiares femeninos ocupasen semejantes posiciones.

Carlos V y Felipe II esperaban que gracias a su matrimonio con Maximiliano de Austria, la emperatriz María podría defender los intereses españoles en la corte imperial. Ambos creían, sin duda, que María podría facilitar la realización de los grandes objetivos de la Monarquía Española y de la fe Católica. Probablemente, la propia María tenía esa misma convicción en sus esperanzas. Este papel se le había inculcado en su educación, y sus cartas a Felipe II muestran hasta qué punto asumía su deber de satisfacer la voluntad del monarca español ⁽⁷⁾. Sus actividades en la corte imperial evidencian que ella se consideraba a sí misma como una mujer política, es decir, que tenía responsabilidades específicas en la consecución de determinados objetivos políticos que se suponían necesarios para el bien de sus familiares españoles y de sus propios hijos. De hecho, resulta imposible diferenciar estos objetivos del concepto que ella tenía de su papel como madre, hija y hermana. Para cumplir con estas responsabilidades con sus parientes, tenía que estar muy bien informada de todos los asuntos y tratar de intervenir en la toma de decisiones. Aunque, a veces, ella reconocía de manera expresa la subordinación que debía mantener como esposa de Maximiliano, esto no significaba que aceptase mansamente la voluntad de su marido. María llegó a encontrar distintos medios para hacer saber sus deseos y opiniones a Maximiliano sin que pareciese que ella hubiera desafiado su autoridad. Así, por ejemplo, ella le pedía al embajador español que tratara ciertos asuntos con el emperador, en lugar de hacerlo por sí misma. Es más, se negó a guardar silencio respecto a las prácticas religiosas de su esposo y sus hijos, y siempre mostró una actitud militante en este sentido, porque una preocupación primordial de María era la situación del conflicto religioso en Europa Central. Y aunque pueda parecer que la emperatriz sólo se implicaba en cuestiones de carácter religioso, resulta imposible disociarlas de la trascendencia política que éstas tenían en la Alta Edad Moderna.

Durante los años que pasó en Europa Central, la emperatriz María actuó como un miembro informal de la diplomacia de Felipe II. El rey de España confiaba en que ella prestaría una ayuda inestimable a sus embajadores ante la corte imperial, que tendría siempre en mente los intereses españoles y que pediría al emperador cuanto Felipe le solicitase por todos los medios posibles. Felipe II creía que el matrimonio de María con el emperador del Sacro Imperio proporcionaría muchas ventajas a sus parientes españoles. Sin embargo, no parece que tuviese tales consideraciones con sus propios matrimonios. Él recurría libremente a sus parientes femeninos para emplearlas como agentes de la Monarquía Española y las animaba a influir sobre sus esposos sin quedarse al margen de la actividad política, pero no estaba dispuesto a consentir que sus esposas hicieran lo mismo. Posiblemente, como conocía la capacidad de influencia política que podían llegar a tener las mujeres, desarrolló los mecanismos en su corte para asegurarse de que sus esposas apenas tuviesen voz en las cuestiones políticas. No obstante, este aspecto está aún por investigar.

Felipe creía firmemente que sus estrechas relaciones personales y familiares con María la impulsarían a hacer todo lo posible para ayudar a España, y la emperatriz también debía participar de esta convicción, ya que no existen evidencias de que ella hubiese frustrado las aspiraciones de Felipe en la negociación de los asuntos que se trataban con la corte imperial. Por el contrario, ella cooperó activamente en numerosas cuestiones tratadas a espaldas de Maximiliano II. Preocupado por la excesiva tolerancia que mostraba Maximiliano hacia los protestantes, Felipe II escribió a su hermana en 1567 instándole a que presionara a su esposo para que no les hiciera más concesiones. En su razonamiento, el rey español aducía muchas razones y no era la menos importante “el de mi deudo y amistad” ⁽⁸⁾. Felipe se valía de su hermana para tratar con el emperador gran variedad de materias. Cuando en 1569 expresó cuál era su parecer respecto al matrimonio de Isabel, hija de Maximiliano y María, no sólo escribió al emperador, sino también a María. Incluso llegó a declarar en una carta dirigida a Maximiliano que María era un “medio tan conveniente para tratar de semejante negocio” con el emperador ⁽⁹⁾. Este apunte personal de Felipe II evidencia el papel esencial que correspondía a las mujeres de la realeza en la negociación y concierto de los matrimonios de sus hijos y, particularmente, de sus hijas. Ciertamente, fue María el principal negociador de este enlace.

La emperatriz tenía que estar bien informada de todos los asuntos que podían ser de interés para su hermano. Cuando quedó vacante el trono de Polonia en 1573, Felipe urgió a Maximiliano II que intentase conseguir que la sucesión recayera en el archiduque Ernesto, hijo de Maximiliano. El emperador se mostraba contrario a semejante medida, porque sabía que los Estados Generales polacos rechazaban la elección de un rey de la Casa de Habsburgo ⁽¹⁰⁾. El otro pretendiente era Enrique de Valois, que finalmente resultó elegido. La emperatriz María, como de costumbre, también intervino en estas negociaciones. Al contrario que su esposo, ella apoyaba los planes de Felipe II para el archiduque Ernesto. Consideraba que los Habsburgo debían ganarse el favor del Gran Duque de Florencia, que estaba presionando a la República de Venecia y a otros estados para respaldar la elección del candidato francés. En su opinión, el emperador y sus consejeros no acababan de tomar una decisión al respecto, por eso, ella tomó la ini-

ciativa de escribir a Felipe II explicándole la necesidad de ganar con mercedes y dádivas al de Florencia, y señalando expresamente que “lo que aquí digo es todo de mi cabeza y sin saberlo el Emperador, que no le veo tan blando aún en lo de Florencia como yo deseo”⁽¹¹⁾. En caso de que el rey estuviese de acuerdo con esta medida, le pedía que lo propusiese al emperador como si se tratase de una idea propia. Este ejemplo nos muestra una vez más que la emperatriz tenía opiniones personales en ciertas materias y estaba dispuesta a negociarlas ella misma actuando por su cuenta cuando su marido aún no lo había hecho. Trataba de disimular sus acciones, sin desafiar o desautorizar públicamente a su esposo, recurriendo a maniobras como la que acabamos de presentar.

Las estrategias empleadas por la emperatriz se pueden ver claramente en su trato con los embajadores de Felipe II en la corte imperial y, particularmente, con Francisco Hurtado de Mendoza, conde de Monteagudo⁽¹²⁾. Los embajadores españoles visitaban regularmente a la emperatriz y discutían múltiples asuntos con ella. Ellos también la consideraban un instrumento muy eficaz para acceder y tratar con el emperador, pero también les ofrecía una cara amable y cercana en el seno de una corte extranjera. Felipe instruía a sus embajadores que mantuviesen puntualmente informada a la emperatriz sobre numerosas cuestiones, y ella procuraba por su parte estar al tanto de todas ellas. Además, solía advertirles cuál era la mejor manera de negociar cualquier asunto en concreto⁽¹³⁾, pero también los utilizaba para conseguir cuanto ella se proponía.

La confianza y seguridad que tenía Felipe II en su hermana María resulta evidente en las instrucciones que dio a su embajador, el conde de Monteagudo, que residiría en la corte imperial desde 1570 hasta 1577⁽¹⁴⁾. En el texto de la Instrucción, Felipe le ordenaba que dijese a la emperatriz que “yo os envío allí principalmente para que vos la sirváis y agradáis en todo cuanto se ofresciere y ella os quisiere mandar”⁽¹⁵⁾. Por supuesto, Monteagudo debía discutir todos los asuntos con la emperatriz antes de llevarlos ante Maximiliano:

“En todos los negocios que ocurrieren, os habéis de valer siempre de su favor y medio, y tomar su orden y consejo, antes de hablarlos al Emperador, porque ella os dirá de la manera y a los tiempos que los habéis de tratar para que se acierten y, en fin, habéis de tener la mira a proceder y gobernaros en todo por el camino que mi hermana os mandare que llevéis”.⁽¹⁶⁾

Felipe confiaba plenamente en que María conocía todas las costumbres y circunstancias de la corte imperial, que ella podría instruir de la manera más apropiada a sus embajadores, y sobre todo, que sabría cómo lidiar mejor con el emperador Maximiliano II. La correspondencia diplomática de Monteagudo nos muestra en detalle cómo negociaban los representantes españoles en la corte y el importante papel que desempeñaba la emperatriz en sus negociaciones.

Siguiendo las instrucciones de Felipe II, el conde de Monteagudo fue a visitar a la emperatriz inmediatamente después de su llegada y le pidió permiso para acudir a ella con cualquier cuestión que se presentara. Ella le aseguró que le ayudaría todo lo que le fuera posible⁽¹⁷⁾. A partir de entonces comenzó una larga cooperación entre ambos. Antes de discutir cualquier asunto con Maximiliano, Monteagudo lo trataba con la emperatriz. Ella le indicaba la mejor manera de proceder y, a veces, se brindaba directamente para tratarlo en persona con su esposo⁽¹⁸⁾. Así por ejemplo, cuando Monteagu-

do estaba tratando de convencer al emperador de que vendiera el feudo de Finale a Felipe II, discutió el negocio con la emperatriz, y ella le aconsejó que convenía dar una pensión a cierto doctor Weber, que estaba a cargo de este asunto en Viena ⁽¹⁹⁾. En algunas ocasiones, la emperatriz le pedía a Monteagudo que presentase algún asunto ante el emperador. Cuando el Papa proclamó un jubileo en honor del rey de Francia por sus victorias sobre los protestantes, y Maximiliano se negó a autorizarlo en sus estados, la emperatriz instó al embajador español que discutiese esta medida con su esposo ⁽²⁰⁾. Pero también Maximiliano aprendió a valorar los lazos existentes entre su esposa y el embajador. Sabía que ella gozaba de gran influencia y poder sobre Monteagudo y sobre Felipe II. Por eso, cuando necesitó ayuda financiera para conseguir que el trono de Polonia recayese en su hijo el archiduque Ernesto, él hizo creer a Monteagudo que la idea había sido de la emperatriz ⁽²¹⁾. El emperador pensaba que de esta manera tendría más posibilidades de que la Monarquía española le ayudaría en sus pretensiones, conociendo el gran interés personal de Felipe II en esta cuestión.

Tanto Monteagudo como la emperatriz lamentaban las tendencias protestantes de Maximiliano II. Con frecuencia, solían aludir a sus prácticas religiosas y buscaban la manera de hacerle cambiar, sobre todo, porque su actitud podía ejercer una influencia negativa en sus hijos. En ocasiones, Monteagudo se mostró dispuesto a abordar directamente con Maximiliano este problema, pero María siempre se negó a apoyar semejante iniciativa ⁽²²⁾. El embajador y la emperatriz también se ocupaban de conocer las intenciones de Maximiliano respecto a la incorporación de personas que no fueran católicas al servicio de sus hijos ⁽²³⁾. Se quejaban de que Maximiliano no permitía que sus hijos, Matías y Maximiliano, recibieran la comunión, hasta que determinase si debían hacerlo bajo las dos especies, que era la forma practicada por los protestantes. María se negó a consentir que adoptaran este rito y llegó a decir que prefería verlos muertos. Según Monteagudo, los archiduques se dolían de las acciones de su padre ⁽²⁴⁾. La emperatriz estaba tan preocupada por el estado de ánimo de sus hijos que se las arregló para que varios de ellos fueran enviados a la corte española, donde serían educados en la tradicional ortodoxia del catolicismo. Rodolfo y Ernesto estuvieron en España por espacio de siete años, Wenzel ocho, y Alberto durante más de veinte. María le confió a Felipe II esta tarea para que los formase como si fueran sus propios hijos ⁽²⁵⁾. Llegó a proponer incluso el matrimonio entre su hijo mayor Rodolfo y la hija de Felipe II, Isabel Clara Eugenia ⁽²⁶⁾. A raíz de su experiencia personal como esposa de Maximiliano II, consideraba que la convivencia con una esposa que practicaba el catolicismo más ortodoxo podría ayudar a que Rodolfo conservara su fe católica. Este matrimonio no se llevó a cabo, en gran parte, porque Rodolfo no se decidió a casarse ⁽²⁷⁾.

Las cartas de Monteagudo a Felipe II demuestran que la emperatriz estaba muy enterada del desarrollo de los principales acontecimientos políticos de Europa Central, que intervenían en la discusión sobre estas materias y que dejaba sentir su influencia en la toma de decisiones de Maximiliano. El embajador señalaba que la emperatriz se hallaba presente en muchas audiencias y le comunicaba después de manera reservada los asuntos políticos que se habían tratado en ellas ⁽²⁸⁾. En 1572, el Consejo de Estado del Imperio discutió acerca de la conveniencia de que el recién elegido rey de Hungría escribiese a Felipe II. La emperatriz informó a Monteagudo de estas deliberaciones, que

eran secretas ⁽²⁹⁾. Monteagudo reconocía que la emperatriz ejercía gran influencia sobre Maximiliano y que ésta había aumentado con el tiempo y había establecido unas relaciones muy afectuosas e íntimas entre ellos. Así lo explicaba el embajador a Felipe II: “pues el amor que se tienen y el tiempo, ya dan más licencia a Su Magestad para poder con su marido lo que antes no podía” ⁽³⁰⁾. En esta misma carta, Monteagudo urgió al rey que escribiera a la emperatriz pidiéndole más valor para usar “más hervor en torcer al Emperador” en materias de religión, y le propuso que se valiese también de su esposa, la reina Ana, para este cometido, porque era una hija muy querida de María y Maximiliano: “podrá ser valerosísimo medio e instrumento para llevar y guiar al Emperador, porque la quiere” ⁽³¹⁾. Sin embargo, como el propio embajador señaló, la mediación de la reina nunca sería tan eficaz como la de la emperatriz, porque Maximiliano pensaría que detrás de las instancias de su hija estaría Felipe II ⁽³²⁾.

La emperatriz también permitió que Monteagudo pudiera gozar además de otras formas de acceso a su esposo, invitándole a estar presente en sus cenas, para que se valiese de estas ocasiones para tratar con Maximiliano de algunos asuntos ⁽³³⁾. Cuando el emperador estuvo enfermo en 1571 y permaneció en cama durante varias semanas, María se las arregló para que el embajador español pudiera visitarle y tener audiencias con él. Así la emperatriz tenía la seguridad de que los intereses españoles seguían siendo atendidos y no se paralizaba la negociación de las cuestiones más urgentes. Éste vuelve a ser otro claro ejemplo de cómo la Monarquía Española se beneficiaba de contar en la corte imperial con la mediación de María.

Felipe mantenía una correspondencia secreta con la emperatriz María a través de Monteagudo, con la que le indicaba cómo proceder en determinados asuntos. Advirtió a su embajador que el emperador nunca viera estas cartas ni conociese de su existencia. Así en 1570, envió a Monteagudo estas instrucciones:

“A mi hermana escribo dos cartas: una de negocios que podrá mostrar al Emperador, ésta le enviaréis en abriendo el pliego, y otra de algunos particulares que han de ser para ella sola, sin que el Emperador ni otro ninguno lo sepa: ésta irá a parte con cubierta de Zayas para vos, como si fuese suya. Habéisla de tener muy secreta, y cuando vayáis a mi hermana diréis, sin que nadie lo entienda, cómo le tenéis otra carta particular, que ella mire cómo y cuando se la habéis de dar” ⁽³⁴⁾.

Cuando el embajador imperial en la corte española, Adam Dietrichstein, emprendió su regreso a Europa Central, Felipe II le envió instrucciones especiales con la intención de persuadir a Maximiliano que dejara sus prácticas protestantes. El rey escribió asimismo a Monteagudo indicándole que para tener obligado a Dietrichstein por gratitud “le hice merced para el casamiento de su hija” ⁽³⁵⁾. Dietrichstein debía trabajar de común acuerdo con la emperatriz sin revelar a Maximiliano las intenciones de Felipe II. Una vez más, estos ejemplos demuestran que el monarca español veía a María como un aliado decisivo en la corte imperial, una persona clave a través de la cual podía influir en el desarrollo de los acontecimientos. Felipe no titubeó en utilizar a su hermana a espaldas de su marido para conseguir sus fines y no necesariamente los de la rama austríaca de los Habsburgo. Cabría preguntarse cómo habría reaccionado él mismo si hubiese descubierto que una de sus cuatro esposas se hubiera visto envuelta en semejantes maniobras. Sin duda, el rey de España pensaba que la ayuda a la propagación de la reli-

gión católica justificaba tales acciones, pero parece que él consideraba a María una pieza básica de la red de influencia española en Europa Central, creada para salvaguardar en todo momento sus propios intereses. Felipe estaba dispuesto a valerse de favores y pensiones económicas para mantener a su servicio a individuos como Dietrichstein. Aunque la relación con la emperatriz María no requería este tipo de mercedes, Felipe proporcionó con regularidad asistencia financiera tanto a sus hijos como a su esposo. Los lazos de sangre y su compromiso con la causa católica bastaban para asegurar el apoyo incondicional de María, cuyos esfuerzos sabía corresponder su hermano con una atención constante a sus necesidades.

Tras la muerte de Maximiliano II, la emperatriz María nunca volvió a gozar de la privilegiada posición que hasta entonces detentaba en la corte imperial. Su hijo y heredero Rodolfo II sufría de continuos cambios de humor, melancolía, y tal vez de depresión ⁽³⁶⁾. Las relaciones entre madre e hijo eran muy problemáticas, y quizás por esa razón la emperatriz decidió regresar a España con su hija menor, Margarita. La mayoría de los historiadores ha supuesto que cuando ella volvió a Castilla resolvió retirarse definitivamente de la vida pública y que, al igual que su padre, decidió hacerlo eligiendo un monasterio como residencia. Se ha presentado a la emperatriz María como una mujer piadosa que escogió la vida conventual porque estaba hastiada de la vida cortesana. Incluso se suponía que en el convento de las Descalzas Reales de Madrid, ella llevaba una vida dedicada a la oración y la devoción, sin mostrar apenas interés por los asuntos del mundo ⁽³⁷⁾. Como Geoffrey Parker ha escrito: “mucho tiempo antes María encontraba la vida de la corte vacía y opresiva, y se fue a un convento. Felipe, por su parte, rara vez fue a verla” ⁽³⁸⁾.

Sin embargo, esta descripción del talante de la emperatriz y de su relación con Felipe II resulta inadecuada. Hasta su muerte en 1603, María siguió interesándose por las cuestiones políticas, y sobre todo por las que concernían especialmente con sus hijos. Aunque ella mantenía una vida cotidiana severamente reglada por las actividades religiosas en las Descalzas, siempre encontraba tiempo para atender las necesidades de sus hijos y otros parientes austriacos. Tenía muy presentes sus trayectorias políticas y personales, y se encargaba de pedir por ellos a su hermano. Ahora ella se había convertido en un influyente aliado de sus hijos en la corte española. Le escribían con regularidad y le rogaban que mediara en sus demandas ante el soberano. De esta manera, cada vez que ellos escribían a Felipe II solicitando su ayuda financiera o militar, también escribían a su madre para que ella trasladara sus preocupaciones a su hermano y atrajese su atención en tales asuntos. La emperatriz seguía actuando como un diplomático informal, pero la situación había cambiado, puesto que ahora negociaba para sus hijos y parientes austriacos, y no tanto para su hermano.

El envío de regalos, reliquias, animales de compañía y caballos, retratos y tapices, y una gran variedad de objetos de consumo y colección que tenía como destino a la emperatriz o a sus hijos y parientes permitía estrechar sus relaciones, pero también ofrecían una valiosa información sobre las modas y costumbres de la vida cortesana. Así, por ejemplo, cuando se hacían los preparativos para la boda del príncipe Felipe con Margarita de Austria, sus parientes enviaron a la emperatriz desde Alemania diversos presentes de plata y unas figuras desnudas a modo de maniquíes, para que se las devolviese

vestidas a la manera “como andan en estas partes (Castilla) las doncellas, casadas y viudas”⁽³⁹⁾. Seguramente, la familia de Margarita quería conocer mejor las costumbres castellanas al respecto para quedar bien a su llegada a España.

La emperatriz María desempeñó un papel central en la red diplomática de la rama austriaca de los Habsburgo y contribuyó a formular proyectos políticos para sus hijos en la corte española. Ella se reunía a diario con el embajador imperial Hans Khevenhüller, quien llegó a convertirse en un asistente personal de la emperatriz⁽⁴⁰⁾. El diario de Khevenhüller está lleno de referencias a las numerosas ocasiones en que él había tratado asuntos importantes con ella. Solía negociar con Felipe II asuntos, que comentaba después con la emperatriz, y volvía a plantearlos luego con el rey. En la práctica, actuaba como un intermediario entre ambos. Gracias a ello, Felipe II y María no tenían que reunirse personalmente con tanta frecuencia, aunque lo hacían a menudo. Khevenhüller llevaba recados y mensajes de uno a otro⁽⁴¹⁾. En 1583, el embajador informó que estaba tan ocupado con los asuntos de la emperatriz que debía acudir constantemente a ver a Felipe II “llevando recados desde las Descalzas a donde estaba Su Magestad del Rey don Felipe”⁽⁴²⁾. Con el tiempo, Khevenhüller llegó a apreciar mucho estas entrevistas con el monarca y señalaba (muy humildemente) que Felipe había empezado a tener más en cuenta sus consejos que los de otros cortesanos: “Con esta ocasión Su Magestad comunicó con él no sólo negocios de fuera de los Reynos, sino también los más íntimos y domésticos, pidiéndole su parecer, prefirió su voto y juicio al de muchos”⁽⁴³⁾. Este diario también muestra que Felipe y María se visitaban con mucha frecuencia. Por ejemplo, el 14 de enero de 1585, el rey fue a ver a la emperatriz. El día 16 la emperatriz acudió ante el rey. El 17 Khevenhüller tuvo una larga audiencia con el soberano. El 19 el rey y sus hijos fueron a despedirse de la emperatriz a las Descalzas⁽⁴⁴⁾. Aunque el embajador sólo se refirió al contenido de estas reuniones diciendo que se trataban de “asuntos importantes”, anotó que había informado después a la emperatriz de sus negociaciones y le pidió su opinión y consejo sobre muchas cuestiones. Khevenhüller y la emperatriz actuaban de común acuerdo. Así, por ejemplo, cuando los Habsburgo aspiraban a la sucesión del trono polaco en 1587, el archiduque Ernesto, que era uno de los pretendientes, escribió al embajador español en la corte imperial, Guillén de San Clemente, señalando que esperaba instrucciones de su madre y de Khevenhüller⁽⁴⁵⁾.

Al igual que muchas otras mujeres aristócratas, la emperatriz María dependía de una abundante correspondencia para velar por los intereses de su familia. En concreto, ella se carteaba regularmente con Guillén de San Clemente. Le pidió que le escribiese a menudo enviándole noticias de sus hijos, y se quejaba cuando sus cartas se demoraban⁽⁴⁶⁾. El embajador español también actuaba como intermediario entre la emperatriz y sus hijos, ya que con sus cartas a San Clemente, María solía incluir las que mandaba a sus hijos para que él se encargara personalmente de entregarlas, y sus hijos hacían lo propio a la inversa. Ésta era probablemente la manera más fácil y segura que tenía la emperatriz para comunicarse con ellos. Por supuesto, todo esto subraya la importancia crucial del embajador español como mediador entre madre e hijos. Él les transmitía las quejas de María cuando no mantenían una fluida correspondencia con ella o cuando sus respuestas se retrasaban en exceso⁽⁴⁷⁾.

La preocupación que tenía la emperatriz por sus hijos y por los asuntos relacionados

con Europa Central aparece claramente en sus cartas a San Clemente relativas a la sucesión del trono de Polonia. En 1587, este trono quedó vacante y dos de sus hijos, los archiduques Ernesto y Maximiliano, eran candidatos a la sucesión. Aunque Ernesto era el que preferían los Habsburgo, Maximiliano se mostró tan decidido a intentarlo que levantó un ejército de húngaros para conquistarlo por la fuerza si fuera necesario. Ante la determinación de Maximiliano, Felipe II le prestó su apoyo político y le envió dinero. Entretanto, fue elegido rey de Polonia Segismundo, que era hijo del rey de Suecia. Maximiliano trató de arrebatarse el trono por las armas, pero cayó prisionero y en las negociaciones de paz tuvo que renunciar a todas sus pretensiones a la sucesión ⁽⁴⁸⁾. En las cartas de María a Guillén de San Clemente, se puede apreciar su inquietud porque dos de sus hijos rivalizaran en la sucesión al mismo trono. Finalmente, ella apoyó la candidatura de Maximiliano, pensando que tendría mejores posibilidades de conseguirlo. Instó a Felipe II que le prestase su apoyo y adelantó a San Clemente el probable éxito que esperaba de sus negociaciones con el monarca español⁽⁴⁹⁾.

Este asunto se convirtió casi en una obsesión para la emperatriz. Escribía constantemente al embajador español pidiéndole información y quejándose de que apenas la recibía. También alentó los ánimos de Maximiliano en su pretensión por el trono polaco, instándole a que actuara como lo habría hecho su abuelo Carlos V ⁽⁵⁰⁾. Ella no quería que el asunto quedase dormido. Felipe II le permitió ver lo que él había escrito a su embajador y le facilitó toda la información que San Clemente le había enviado desde Europa Central ⁽⁵¹⁾. Cuando Khevenhüller comunicó a la emperatriz que Maximiliano había sido hecho prisionero, ella le mandó que negociase con Felipe II su rescate ⁽⁵²⁾. Su interés e implicación personal en este asunto fueron mucho más allá de su condición de madre. Estaba muy preocupada por las repercusiones políticas que tendría esta situación y parecía pensar que se trataba de una cuestión de reputación. Como vemos, estas cartas a San Clemente prueban que la emperatriz no se había retirado de la actividad política, pese a residir en las Descalzas. Siempre se mantuvo bien informada en los principales asuntos relacionados con Europa Central y procuró ejercer su influencia sobre cuanto sucedía allí. Pero sus hijos la decepcionaron. Apenas le escribían con la frecuencia que ella les demandaba, no defendían el catolicismo que ella pensaba que debían hacerlo; y varios se resistieron a contraer matrimonio. Aun así, María no renunció al influjo que podía tener sobre ellos.

La autoridad e influencia que gozaba María en la corte española y todavía en la corte imperial se hallaba basada, en parte, en los íntimos lazos personales que la unían a Felipe II (y después a Felipe III). Felipe II y María habían mantenido unas relaciones afectuosas desde su infancia. Su padre se encontraba casi siempre ausente y su madre murió en 1539, cuando ellos tenían once y diez años, respectivamente. Tuvieron que madurar juntos, y entablaron una estrecha unión con su hermana Juana ⁽⁵³⁾. Tanto es así, que cuando María dejó España en 1551, Felipe se sintió decaído y muy solo ⁽⁵⁴⁾. Aunque no volvieron a verse hasta que ella regresó a España en 1581, se mantuvieron en contacto a través de una intensa correspondencia privada y diplomática. El afecto que sentía Felipe por su hermana puede apreciarse constantemente en esta correspondencia. Así, por ejemplo, cuando la emperatriz consideraba la posibilidad de acompañar a sus hijas a España en 1569, Felipe le escribió a uno de sus enviados extraordinarios a la corte imperial, Luis Vanegas de Figueroa, manifestando su deseo de volver a verla:

"Todavía deseo yo tanto la venida de mi hermana, y seríame de tanto contentamiento verla, que me ha parecido advertiros que si entendiéredes que la costa podría dificultar su venida, veáis de proponer allá algún medio o forma para que hubiese con qué venir" ⁽⁵⁵⁾.

Felipe animó a su hermana a emprender este viaje, poniendo énfasis en que sería una prueba de su amor por sus hijas, por él y por su hermana Juana. En otra carta dirigida a Chantoné y Vanegas, añadía que ésta sería "una muy buena ocasión para loor y estimación de su persona, tanto más que entre hermanos que tanto nos amamos, y entre los cuales se juzgará que hay negocios de importancia de que tratar" ⁽⁵⁶⁾. Aunque, finalmente, María no pudo hacer este viaje, porque su marido se opuso, el proyecto suscitó en Felipe expresiones del afecto que sentía por su hermana María como las que acabamos de mencionar, y puso de manifiesto la necesidad de comentar con ella diversos "negocios de importancia".

Este afecto de Felipe por su hermana también resultó patente cuando ella dejó definitivamente Europa Central en 1581. A su llegada a Madrid con su hija Margarita, el rey se hallaba en Lisboa y las invitó a visitarlo allí. Felipe ansiaba con entusiasmo este reencuentro. Se preguntaba cómo sería su hermana después de tantos años de ausencia, y le pidió información a sus hijas, que la acababan de ver en Madrid: "Y escribidme muchas buenas nuevas de ella, que así espero que serán y si viene gorda o flaca, y si nos parecemos ahora algo como creo que solíamos, y bien creo que no estará tan vieja como yo" ⁽⁵⁷⁾. Cuando la emperatriz llegó por fin a Lisboa, el monarca casi no pudo contener su emoción. Con estas palabras él mismo describió tan emotivo encuentro a sus hijas:

"salí del carro aprisa y la fui a besar las manos antes que pudiese salir del suyo... Y lo que ella y yo holgaríamos de vernos lo podéis pensar, habiendo veintiséis años que no nos habíamos visto; y aun, en treinta y cuatro años, solas dos veces nos hemos visto y bien pocos días en ellos" ⁽⁵⁸⁾.

En las cartas enviadas entonces a sus hijas Felipe muestra claramente el gusto que sentía con la compañía de su hermana y el afecto que sentía por ella. Ambos pasaron juntos mucho tiempo durante aquella estancia. Cuando la emperatriz tuvo que dejar Portugal para volver a España, demoró su partida porque el rey se hallaba enfermo. Felipe lo contaba así a sus hijas:

"mi hermana se ha detenido también para hacerme compañía y no quererme dejar, aunque pensaba partir ayer, y porque posamos aquí apartados vino ayer a verme, aunque yo estaba levantado, y hoy me he ido yo a su casa y vuelto muy bueno" ⁽⁵⁹⁾.

Durante las dos últimas décadas de su vida, Felipe continuó buscando la compañía de la emperatriz. Con frecuencia, iba a las Descalzas para visitar a su hermana y asistir a misa y a otros oficios religiosos. A su vez, ella acudía a verle al Real Alcázar, El Escorial, Aranjuez y otras residencias reales de los alrededores de Madrid ⁽⁶⁰⁾. Sabemos, por ejemplo, que ella pasó todo el verano de 1584 en El Escorial para escapar del calor de Madrid ⁽⁶¹⁾. Además, solía compartir mucho tiempo con las hijas de Felipe, Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela, y con el príncipe, el futuro Felipe III. Los hijos de la familia real iban a menudo a las Descalzas para verla y pasaban la noche allí cuando el monarca se hallaba fuera de Madrid. Estas visitas forjaron un íntimo y afectuoso vín-

culo entre ellos y la emperatriz, y Felipe II también propició esta relación. Animaba a sus hijos a escribirle cartas a María y a visitarla con frecuencia ⁽⁶²⁾. Semejantes lazos de sangre y afecto perdurarían hasta la muerte de Felipe II y serían la base de la notable influencia que tendría la emperatriz a comienzos del reinado de Felipe III ⁽⁶³⁾.

La presencia de la emperatriz María en la corte española era tan relevante que se escogió un nombre en clave para ella en la correspondencia diplomática cifrada. Dado que ella vivía en las Descalzas Reales de Madrid, los documentos se referían a ella con el sobrenombre de “recogimiento” ⁽⁶⁴⁾. Pese a que el término “recogimiento” aludía a su retirada de la vida pública de la corte en palacio, la emperatriz permanecía activa en la política internacional. Los embajadores debían referirse a menudo a ella, porque tenía con ellos una importante correspondencia y numerosas entrevistas para interceder por sus parientes y criados. En la práctica, continuaba ejerciendo una poderosa influencia sobre el manejo de los principales asuntos relacionados con Europa Central.

Durante todo su reinado, Felipe II siempre apreció la opinión de su hermana María. Contaba con ella para lograr cuanto se proponía en Europa Central y para presentar al emperador cuáles eran sus preocupaciones y demandas. Cuando ella regresó a Madrid, asumió la causa de velar por sus hijos y llegó a convertirse en su principal representante en la corte española. La emperatriz María nos ofrece, por tanto, un claro modelo de esas mujeres de la realeza que actuaban como intermediarias de sus parientes masculinos. De hecho, las mujeres de sangre real solían prestar servicio como diplomáticos informales en las cortes extranjeras donde se asentaban y se convertían en eficaces instrumentos de sus parientes para ejercer una notable influencia en su entorno político. Pero la emperatriz fue mucho más que un mero intermediario. Intervino como un factor muy activo en ambas cortes. Asumió el manejo de múltiples cuestiones, y sobre todo, de aquellas relacionadas con la religión, la sucesión y los intereses de sus hijos. Cuando creía amenazadas estas prioridades, era capaz de desafiar la voluntad de su esposo y seguir el camino que él no había aprobado. En semejantes ocasiones, desarrollaba una estrategia propia, que se ajustaba mejor a sus aspiraciones y necesidades.

La actuación de la emperatriz María pone de manifiesto lo que se esperaba de las mujeres de la realeza. Debían tener voz en las cuestiones religiosas y en los asuntos familiares. Se suponía, por ejemplo, que le correspondía planear los matrimonios de sus hijos, como hizo la emperatriz María con el de su hija Isabel y trató de hacerlo también con el de su hijo Rodolfo. Sin embargo, la mayoría de estas materias tenían implicaciones políticas y por ello las mujeres de la realeza también podían expresar su opinión e influir en otras cuestiones políticas. La emperatriz María no limitó su actividad a la familia y a la religión, sino que expresó su parecer e intervino en una gran variedad de asuntos de mayor o menor repercusión política. Los miembros varones de los Habsburgo veían a las mujeres de la familia como verdaderas criaturas políticas al servicio de los intereses de la dinastía. Las mantenían informadas de los principales asuntos de gobierno y les dejaban tomar parte en su negociación. Eran eslabones importantes en la cadena de su entramado diplomático. María, en particular, mostraba iniciativa, determinación y previsión. Por ello, al habérsela investido de autoridad, ella, al igual que otras mujeres de la realeza, pudo usar de este poder de manera más imprevista. La emperatriz sabía cómo ganarse a la gente con dádivas y favores, y se valía de espías

para conseguir información y de peones a su servicio para esparcir rumores. Khenvenhüller advertía que, según la emperatriz, éstas eran prácticas habituales para la corte española ⁽⁶⁵⁾. También recurría al pretexto de su avanzada edad o la falta de salud, en forma de achaques de melancolía, para atraer la atención de los gobernantes y conseguir satisfacer sus peticiones. Cuando encontró frente a sí a un fuerte adversario, como el privado de Felipe III, el duque de Lerma, la emperatriz empleó este tipo de medios para mantener el poder de su influencia sobre la corte española ⁽⁶⁶⁾. Aunque al difunto Felipe II le hubieran agradado los esfuerzos que hizo su hermana para minar el control que ejercía el duque de Lerma sobre su hijo, él no consideró que al utilizarla para negociar en la corte imperial, la había convertido en un personaje muy influyente. Ella había aprendido a saborear el poder en Europa Central y, aunque viviera retirada en las Descalzas, no estaba dispuesta a abandonarlo.

La historia de la emperatriz muestra que la diplomacia de la Alta Edad Moderna funcionaba a menudo a través de redes informales. Los embajadores dependían de numerosos individuos para procurarse información y acceso a los círculos más íntimos del poder. La calidad de su labor al frente de una embajada se medía por su habilidad para establecer este tipo de lazos informales de relación. Las redes diplomáticas incluían muchas mujeres, de cuya influencia y función apenas se ha escrito, aun cuando su labor resultó tan importante para los resultados de la negociación de numerosos asuntos. Esas redes informativas y el dinero de las pensiones accedían a los aposentos reales de las reinas y emperatrices, y atravesaban las paredes de los conventos. En realidad, el papel político que desempeñó la emperatriz María debe llevarnos a reconsiderar la forma de vida en los conventos. Con demasiada frecuencia, los historiadores han creído que los muros de los conventos separaban la política mundana del mundo religioso. Estos muros eran, por el contrario, bastante permeables y muchas negociaciones políticas tuvieron lugar en el sosiego de estos recintos. Los reyes españoles solían visitar con frecuencia conventos y monasterios, y tanto que alguno de estos lugares podría considerarse como una extensión de la corte, donde se discutía de política y se planeaban determinadas resoluciones. Mujeres como la emperatriz María, que nunca hizo votos de monja, pudieron servir de puente entre corte y convento ⁽⁶⁷⁾. Lejos de dejar atrás la vida de la corte, ella surgió como una figura clave y destacada de la misma en los reinados de Felipe II y Felipe III.

No debemos admitir que la intervención de determinadas mujeres, como la emperatriz María, en la arena política de su época, proporcionó siempre efectos positivos para la Monarquía española y para Europa Central. Su apoyo a la candidatura de su hijo Maximiliano al trono de Polonia ocasionó elevados gastos para España, la prisión de su hijo y una grave inestabilidad política. El enfrentamiento con su esposo Maximiliano II por las concesiones que hacía a los protestantes agravó la tensa situación religiosa en los territorios del Sacro Imperio. Y las demandas que hacía a favor de sus hijos tanto en Europa Central como en los Países Bajos, acarrearón a la Monarquía española unos gastos exteriores, que podrían haber sido mejor empleados dentro de la Península Ibérica. Como sucedía con los hombres, el poder y la política podían hacer que las mujeres fuesen más astutas, pero no les confería necesariamente una visión clara y sin inconvenientes.

ABREVIATURAS

BNM	Biblioteca Nacional, Madrid
CODOIN	Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España
HHSStA	Haus-, Hof-, und Staatsarchiv, Viena

NOTAS

- (1) Agradezco mucho la ayuda que me han prestado Guillermo Sánchez Fornaris, Carolina Parladé de Sánchez y Bernardo José García García en la traducción de este trabajo.
- (2) He examinado con más detenimiento los distintos temas planteados en esta breve introducción a mi ponencia en mi libro *The Empress, the Queen, and the Nun: Women and Power at the Court of Philip III of Spain*, Baltimore, The John Hopkins University Press, 1998. En esta ocasión, me centraré en el papel que desempeñó la emperatriz María durante el reinado de Felipe II, que no he abordado por extenso en el libro.
- (3) Geoffrey PARKER, *Philip II*, Chicago, Open Court, 1995 (3ª. ed.), p. 6.
- (4) Sobre estos datos biográficos generales, véanse Rodrigo MENDES SILVA, *Admirable vida y heroicas virtudes de aquel glorioso blasón de España... la esclarecida Emperatriz María, hija del siempre invicto Emperador Carlos V*, Madrid, 1655; Friedrich EDELMAYER, "María (de Austria)", *Neue Deutsche Biographie*, Berlín, 1990, vol. XVI, pp. 174-175; Magdalena S. SÁNCHEZ, "Empress María and the Making of Political Policy in the Early Years of Philip III's Reign", en Alain SAINT-SÄENS (ed.) *Religion, Body and Gender in Early Modern Spain*, San Francisco, Mellen Research University Press, 1991, pp. 139-147.
- (5) R. MENDES SILVA, *Admirable vida...*, op. cit., fol. 21v.; y J. de FLORENCIA, "Sermón que predicó el padre Gerónimo de Florencia, religioso de la Compañía de Jesús, a las honras de la S. C. Magestad de la Emperatriz Doña María", en *Libro de las honras que hizo el colegio de la Compañía de Jesús de Madrid a la Magestad Cathólica de la Emperatriz Doña María de Austria, fundadora del dicho colegio, que se celebraron a 21 de abril de 1603*, Madrid, 1603, fol. 37v.
- (6) Cuando Felipe II estaba considerando con cual de las hijas del archiduque Carlos de Estiria sería más conveniente para casar al príncipe Felipe, una de las cuestiones más importantes era valorar si podrían tener hijos. El embajador imperial en la corte española, Hans Khevenhüller, describió a una de las hijas de Carlos llamada Ana de este modo: "dícheme la Emperatriz mi señora que es muy hermosa como todas y no nada contrahecha, mas que bien cree que no será muy alta, pues los padres no lo son. Pero lo que basta para muger paridera". HHStA, Viena, Spanien Varia, Karton 3, fol. 171r.
- (7) Véase al respecto, por ejemplo, carta original del conde de Monteagudo a Su Magestad, fechada en Espira a 22 de julio de 1570, *CODOIN*, vol. 110, p. 39; Carta de la emperatriz a Su Magestad, fechada en Viena a 20 de junio de 1573, *CODOIN*, vol. 111, p. 264.
- (8) Carta de Su Magestad a la Emperatriz, fechada en Madrid, a 21 de julio de 1569, *CODOIN*, vol. 103, pp. 244-245.
- (9) Carta de Su Magestad al emperador, fechada en El Escorial, a 10 de marzo de 1569, *CODOIN*, vol. 103, pp. 158-159.
- (10) Bohdan CHUDоба, *Spain and the Empire, 1519-1643*, Chicago, Chicago University Press, 1962, pp. 167-168.
- (11) Carta de la emperatriz a Su Magestad, fechada en Viena a 4 de junio de 1573, *CODOIN*, vol. 111, p. 249.
- (12) Sobre este tema, véase Helga WIDORN, "Die spanischen Gemahlinnen der Kaiser Maximilian II., Ferdinand III. und Leopold I" (tesis doctoral), Universidad de Viena, 1959, pp. 31-34.
- (13) Carta del embajador Chantoné a Su Magestad, fechada en Presburgo a 12 de septiembre de 1569, *CODOIN*, vol. 103, p. 283.

- ⁽¹⁴⁾ Otros embajadores españoles en la corte imperial anteriores a Monteagudo también trabajaron estrechamente con la emperatriz, pero he escogido este caso porque resulta muy ilustrativo.
- ⁽¹⁵⁾ Minuta de la Instrucción que se dio al conde de Monteagudo, fechada en Madrid a 12 de enero de 1570, *CODOIN*, vol. 110, p. 8.
- ⁽¹⁶⁾ *Ibid.*, p. 9.
- ⁽¹⁷⁾ Carta original del conde de Monteagudo a Su Magestad, fechada en Espira a 22 de julio de 1570, *CODOIN*, vol. 110, p. 39.
- ⁽¹⁸⁾ Véase, por ejemplo, carta descifrada del conde de Monteagudo a Su Magestad, fechada en Viena a 20 de marzo de 1574, *CODOIN*, vol. 111, p. 384.
- ⁽¹⁹⁾ Carta descifrada del conde de Monteagudo a Su Magestad, fechada en Viena a 30 de noviembre de 1572, *CODOIN*, vol. 111, p. 67. Para el papel de la emperatriz en la negociación de este asunto, véase Friedrich EDELMAYER, *Maximilian II., Philipp II. und Reichsitalien. Die Auseinandersetzungen um das Reichslehen Finale in Ligurien*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1988, pp. 125-130, 173-175, y 177-180.
- ⁽²⁰⁾ Carta autógrafa del conde de Monteagudo a Su Magestad, fechada en Viena a 17 de noviembre de 1572, *CODOIN*, vol. 111, p. 55.
- ⁽²¹⁾ Carta descifrada del conde de Monteagudo a Su Magestad, fechada en Viena a 26 de junio de 1574, *CODOIN*, vol. 111, p. 435.
- ⁽²²⁾ Véase, por ejemplo, Carta descifrada del conde de Monteagudo a Su Magestad, fechada en Viena a 14 de mayo de 1573, *CODOIN*, vol. 111, p. 233.
- ⁽²³⁾ Carta del conde de Monteagudo a Su Magestad, fechada en Viena a 23 de septiembre de 1571, *CODOIN*, vol. 110, p. 307.
- ⁽²⁴⁾ Carta del conde de Monteagudo a Su Magestad, fechada en Viena a 25 de diciembre de 1573, *CODOIN*, vol. 111, pp. 348-349.
- ⁽²⁵⁾ Felipe trató a estos archiduques como a sus propios hijos, y dado que aún carecía de herederos, esperaba que alguno de ellos habría de sucederle en el trono español. Véanse Henry KAMEN, *Philip of Spain*, New Haven, Yale University Press, 1997, p. 97, 207; y G. PARKER, *Philip II*, op. cit., p. 64.
- ⁽²⁶⁾ Carta autógrafa del conde de Monteagudo a Su Magestad, fechada en Espira a 30 de noviembre de 1570, *CODOIN*, vol. 110, p. 123.
- ⁽²⁷⁾ R. J. W. EVANS, *Rudolf II and his World. A Study in Intellectual History, 1576-1612*, Oxford, Oxford University Press, 1973, pp. 55-58.
- ⁽²⁸⁾ Sirvan de ejemplo estas cartas: *CODOIN*, vol. 111, p. 62 (18 noviembre 1572); p. 109 (10 enero 1573); p. 384 (20 marzo 1574). En esta última, Monteagudo escribe que había tenido una audiencia con el emperador, "sin que la Magestad de la Emperatriz se hallase presente como otras veces"; de ella puede inferirse que era costumbre que la emperatriz se hallase presente en las audiencias imperiales que Maximiliano le concedía al embajador español.
- ⁽²⁹⁾ Carta autógrafa del conde de Monteagudo a Su Magestad, fechada en Viena a 17 de noviembre de 1572, *CODOIN*, vol. 111, p. 56.
- ⁽³⁰⁾ Carta original del conde de Monteagudo a Su Magestad, fechada en Espira a 15 de agosto de 1570, *CODOIN*, vol. 110, p. 51.
- ⁽³¹⁾ *Ibid.*
- ⁽³²⁾ *Ibid.*

- ⁽³³⁾ *Ibid.*, p. 52; carta del conde de Monteagudo a Su Magestad, fechada en Viena a 5 de julio de 1572, *CODOIN*, vol. 110, p. 464.
- ⁽³⁴⁾ Minuta de carta del rey al conde de Monteagudo, fechada en El Escorial a 29 de septiembre de 1570, *CODOIN*, vol. 110, p. 78.
- ⁽³⁵⁾ Minuta de despacho de Su Magestad al conde de Monteagudo, fechada en noviembre de 1572, *CODOIN*, vol. 111, p. 51.
- ⁽³⁶⁾ R. J. W., EVANS, *Rudolf II and his World*, op. cit., pp. 1-2, 43-63; y H. C. Erik MIDELFORT, *Mad Princes of Renaissance Germany*, Charlottesville, University Press of Virginia, 1994, pp. 125-140.
- ⁽³⁷⁾ R. MENDES SILVA, *Admirable vida...*, op. cit.; J. FLORENCIA, "Sermón que predicó... a las honras de Su catholica Magestad de la Emperatriz Doña María", op. cit.; y Patrick WILLIAMS, "Lerma, Old Castile, and the Travels of Philip III", *History*, 73, n. 239 (October 1988), p. 385, nota 22.
- ⁽³⁸⁾ G. PARKER, *Philip II*, op. cit., p. 79. La traducción es mía.
- ⁽³⁹⁾ Este fragmento procede de un memorial presentado a la Cámara de Castilla por Hernando de Mazuelo, en el que pedía una licencia de paso para estos bienes que debían cruzar varias aduanas de la Península: "De Alemania envían a la Emperatriz nuestra señora una caja en que vienen algunas figuras desnudas, para que Su Magestad mande volver a enviallas vestidas como andan en estas partes las doncellas, casadas y viudas, y también alguna argentería para Su Magestad, la cual me ha mandado pida a Vuestras mercedes un pasaporte con que dejen pasar la dicha caja por los puertos de Castilla sin abrir ni escudriñarla. Suplico a Vuestra merced le mande despachar porque la caja está ya en Barcelona, que para aquellos reinos también se habrá pasaporte, y guarde Dios a Vuestra merced. De casa, 28 de mayo de 1598". AGS., Cámara de Castilla, memoriales, leg. 794, n. 42.
- ⁽⁴⁰⁾ También recibía visitas de otros embajadores, nuncios y consejeros. Véase, por ejemplo, HHStA, Spanien Diplomatische Korrespondenz, Karton 12, fol. 19v. He usado la versión de la correspondencia de Khevenhüller preparada por Georg Graf Khevenhüller-Metsch que se encuentra en el Haus-, Hof-, und Staatsarchiv en Viena, con el título *Die geheime Korrespondenz des kaiserlichen Botschafters am Königlich spanischen Hof in Madrid, Hans Khevenhüller, Graf von Frankenburg*. El fol. 19v. se encuentra en el volumen 5, primera parte. Véase también H. KHEVENHÜLLER, *Geheimes Tagebuch 1548-1605*, Graz, Akademische Druck- u. Verlagsanstalt, 1971, p. 221.
- ⁽⁴¹⁾ BNM., ms. 2751, "Historia de Joan Hevenhuller de Aichelberg", p. 468.
- ⁽⁴²⁾ *Ibid.*, p. 434.
- ⁽⁴³⁾ *Ibid.*
- ⁽⁴⁴⁾ Hans KHEVENHÜLLER, *Geheimes Tagebuch*, op. cit., p. 141.
- ⁽⁴⁵⁾ Marqués de AYERBE, *Correspondencia inédita de Don Guillén de San Clemente*, Zaragoza. La Derecha, 1892, pp. 103-104. Para otras cartas del archiduque Ernesto que demuestran las actividades políticas de la emperatriz, véanse *ibid.*, pp. 112, 120 y 126.
- ⁽⁴⁶⁾ *Ibid.*, pp. 11, 18-19 y 26.
- ⁽⁴⁷⁾ *Ibid.*, p. 12.
- ⁽⁴⁸⁾ *Ibid.*, pp. XIII-XVI.
- ⁽⁴⁹⁾ *Ibid.*, pp. 19-21.
- ⁽⁵⁰⁾ *Ibid.*, pp. 19-20.

- ⁽⁵¹⁾ Ibid., p. 24.
- ⁽⁵²⁾ BNM., ms. 2751, "Historia de Joan Kevenhuller de Aichelberg", p. 587.
- ⁽⁵³⁾ Como escribe Henry Kamen: "The three shared a deep dedication to each other that lasted all their lives", en H. KAMEN, *Philip of Spain*, op. cit., p. 8.
- ⁽⁵⁴⁾ Ibid., pp. 50-51.
- ⁽⁵⁵⁾ Carta de Su Magestad a Luis Vanegas, fechada en Madrid a 2 de agosto de 1569, *CODOIN*, vol. 103, p. 257.
- ⁽⁵⁶⁾ Carta de Su Magestad a Chantoné y Luis Vanegas, fechada en Madrid a 31 de julio de 1569, *CODOIN*, vol. 103, p. 251.
- ⁽⁵⁷⁾ Fernando J. BOUZA ÁLVAREZ, *Cartas de Felipe II a sus hijas*, Madrid, Turner, 1988, p. 61; carta XV, Lisboa, 19 de febrero de 1582.
- ⁽⁵⁸⁾ Ibid., p. 68, carta XX, Almeirim, 7 de mayo de 1582.
- ⁽⁵⁹⁾ Ibid., p. 83, carta XXXII, Aldea Gallega, 14 de febrero de 1583.
- ⁽⁶⁰⁾ Testimonios de estas visitas pueden encontrarse en H. KHEVENHÜLLER, *Geheimes Tagebuch*, op. cit., p. 129 (18 abril 1583); p. 130 (12 julio 1583); pp. 135-136 (3 marzo 1584); p. 136 (14 marzo 1584, 21 abril 1584); p. 139 (19 octubre 1584); p. 140 (24 noviembre 1584); p. 141 (19 diciembre 1584; 16 enero 1585); p. 144 (27 abril 1585); p. 146 (agosto 1585); p. 150 (8 abril 1586); p. 154 (12 noviembre, 23 noviembre 1586); p. 155 (15 diciembre 1586); p. 155 (12 enero 1587); p. 159 (7 junio 1587); p. 160 (6, 10 y 31 julio 1587); pp. 161-164 (agosto-noviembre 1587); p. 164 (23 noviembre 1587). Para una visita a El Escorial, véase F. J. BOUZA ÁLVAREZ, *Cartas de Felipe II a sus hijas*, op. cit., p. 121, carta LXII, San Lorenzo de El Escorial, 17 de agosto de 1587. Estas visitas frecuentes continuaron hasta la muerte de Felipe II y en los primeros años del reinado de su hijo Felipe III hasta la muerte de la emperatriz en 1603.
- ⁽⁶¹⁾ BNM., ms. 1255, Diego LEÓN PINELO, "Anales de Madrid", fol. 78v.
- ⁽⁶²⁾ F. J. BOUZA ÁLVAREZ, *Cartas de Felipe II a sus hijas*, op. cit., p. 43, carta I, Tomar, 3 de abril de 1581; p. 86, carta XXXVI, El Bosque de Segovia, 1583.
- ⁽⁶³⁾ Sobre este tema, véase M. S. SÁNCHEZ, *The Empress, the Queen, and the Nun*, op. cit.
- ⁽⁶⁴⁾ Carlos RIBA GARCÍA, *Correspondencia privada de Felipe II con su secretario Mateo Vázquez, 1567-1591*, Madrid, CSIC., 1959, pp. 351-352.
- ⁽⁶⁵⁾ BNM., ms. 2751, "Historia de Joan Khevenhuller de Aichelberg", pp. 1150-1151.
- ⁽⁶⁶⁾ Véase M. S., SÁNCHEZ, *The Empress, the Queen, and the Nun*, op. cit., pp. 158-163.
- ⁽⁶⁷⁾ Con esto no quiero decir que las monjas no pudiesen tener influencia política. Por ejemplo, sor Margarita de la Cruz, hija menor de la emperatriz María, desempeñó un papel político muy importante durante el reinado de Felipe III, pese a haber tomado el hábito de una monja franciscana de clausura. Véase ibid., pp. 106-110.